

Se solicitan optimistas



LUIS MIGUEL GONZÁLEZ
Director General
Editorial de
El Economista

En la crisis de 1994-95, se perdieron 1.078.124 empleos. En la de 2009 fueron 678.438 puestos de trabajo. En el segundo trimestre del 2020, ya rompimos ambas

marcas. En el segundo trimestre fueron 1.140.153 empleos formales perdidos, según el IMSS. En tres meses rebasamos lo que tardó 13 meses al comenzar el sexenio de Zedillo.

¿Cuántos empleos más se perderán? El segundo semestre es fundamental para entender cómo será la curva del mercado laboral. Está la entrada en vigor del T-MEC; la reapertura de la economía y una definición más clara de la situación epidemiológica en México y el mundo. Del T-MEC dependen algunos de los empleos mejor remunerados de México y en condiciones normales sería una buena apuesta para pensar en la recuperación del empleo. La duda es qué pasará ahora, cuando el pronóstico de crecimiento de la economía de Estados Unidos es de menos 6%. Hay razones para estar cautelosos. No sabemos cómo nos impactarán los problemas en la reapertura en algunos de los estados que tienen la relación comercial más estrecha con México. California, Texas y Florida viven un creci-

miento alarmante de casos y muertes por covid-19. Sus problemas son también nuestros. Nos sirven para recordar que no habrá salud económica, hasta que no haya salud pública.

¿Quiénes son los más afectados? Jóvenes, mujeres, personas con bajos niveles de calificación y regiones con mayor dependencia al turismo. Los jóvenes padecen de dos formas: son los primeros en las listas de los despedidos de las empresas y, además, no pueden participar en un mercado laboral, donde se están reduciendo al mínimo las contrataciones. En una crisis cuentan los empleos perdidos, pero también el hecho de que se reduce drásticamente la apertura de nuevas opciones laborales.

La vulnerabilidad laboral de las mujeres en una crisis como ésta ha sido advertida por la ONU. Ellas representan 70% del personal en los sectores social y sanitario, pero también tienen una enorme tasa de participación en actividades que implican interacción cercana, como las relacionadas con el negocio de la salud y la belleza, donde son 80% del total y el sector de restauración y hotelería. El problema para las mujeres, destaca la ONU, va más allá del mercado laboral y está muy relacionado con la asignación de roles en el hogar. En la medida en que ellas son las que casi siempre se hacen cargo del cuidado de los niños, deben sacrificar opciones laborales para atender a hi-

jos que no están yendo a la escuela ni saliendo de casa. La cultura machista juega en contra de ellas.

Hablando de turismo, en México, es Quintana Roo el estado que ha perdido proporcionalmente más empleos formales. De acuerdo con las cifras del IMSS, uno de cada cuatro trabajadores registrados en esa entidad perdió su empleo. En Baja California Sur, el porcentaje es superior a 10%; en Nayarit, 9,4%. Más allá de los empleos perdidos, las personas que laboran en el sector turístico viven el drama de la reducción de los ingresos totales. Sin turistas no hay propinas.

¿Cuánto tiempo durará la crisis y cuándo llegará la recuperación? La crisis de 1995 significó un poco más de un año de pérdidas ininterrumpidas de fuentes de empleo. La del 2009 no fue tan dramática por el número de empleos perdidos, pero tuvo una particularidad: dejó cicatrices muy profundas en el mercado laboral. Estas cicatrices tienen que ver con la caída en los niveles de salario y con la baja creación de oportunidades de trabajo. Lo explica muy bien David Kaplan, el experto en temas laborales del BID. La oferta de empleo tardó más de seis años en volver a los niveles que tenía en 2008. En lo que se refiere al nivel de salario promedio, en 2020 México no había recuperado el nivel que tenía en 2009. Frente a estas perspectivas, se solicitan optimistas, ¿alguien tiene otros datos?



CONSEJOS PARA LÍDERES

MAURICIO RODRÍGUEZ
@liderazgomr

La verdadera medida de su éxito no es lo que posee, sino todas las cosas que no necesita para ser feliz.

H. Jackson Brown

La pobreza en Venezuela

Recientemente, la *Universidad Católica Andrés Bello* y el *Instituto de Estudios de Investigaciones Económicas y Sociales*, publicaron los resultados de la Encuesta Nacional de Condiciones de Vida de la Población Venezolana (Encovi).

Los datos son alarmantes. Entre 2005 y 2019, la incidencia de la pobreza monetaria pasó de 34,4% a 96,2%. Y los porcentajes correspondientes a la pobreza extrema aumentaron de 10,7% a 79,3%. Casi 80% de los venezolanos no tienen los recursos necesarios para adquirir los alimentos básicos. Y el coeficiente de Gini continúa siendo relativamente alto. El año pasado fue de 0,51.

La revolución bolivariana no mejoró las condiciones de vida, y tampoco disminuyó la desigualdad. Y, sin duda, con la pandemia la situación va a empeorar. Estas cifras dan pie para varias reflexiones.

La primera tiene que ver con la necesidad de estar vigilantes. Todas las sociedades pueden echar para atrás los logros sociales. Incluso, en países ricos como Venezuela. En uno de los diálogos platónicos, se dice que para ser feliz se requieren dos condiciones: riqueza y virtud. La economía Venezuela ha tenido la primera, pero no ha logrado ser virtuosa. Antes de Chávez tampoco pudo sembrar las bonanzas. Y la situación se agravó porque la mala administración de los gobiernos bolivarianos ha llevado al hundimiento de la riqueza.

Durante los años de altos precios del petróleo y de los hidrocarburos, no se logró consolidar la producción interna, ni mejorar la competitividad internacional.

Otras sociedades también han tenido retrocesos significativos. En los años siguientes a la caída del muro de Berlín, la crisis institucional que se presentó en Rusia llevó a una disminución significativa de las tres dimensiones constitutivas del Índice de Desarrollo Humano: esperanza de vida, educación e ingresos.

VENEZUELA ACEPTÓ UNA DOLARIZACIÓN PASIVA, QUE TAMBIÉN PERMEA LA CONTABILIDAD SOCIAL

Preocupa, además, que en Venezuela se conjuguen la pobreza y la desigualdad. Cuando las sociedades se empobrecen el coeficiente de Gini tienden a disminuir porque los ingresos se igualan por lo bajo. Pero un Gini de 0,51 estaría indicando que entre los pobres las diferencias de ingreso son significativas y, además, que es relevante la brecha entre la gran mayoría, que son pobres, y el reducido número de quienes no lo son. Uno de los grandes ideales del pensamiento bolivariano fue la reducción de las desigualdades, y este propósito no se consiguió.

Las limitaciones de información continúan siendo un problema significativo. La altísima inflación dificulta las comparaciones intertemporales, tanto a nivel nacional como internacional. Venezuela terminó aceptando una dolarización pasiva, que también permea la contabilidad social. Sin información la política pública pierde la brújula. Debe observarse, además, que la información sobre pobreza y distribución no es de los organismos oficiales.

Al observar el panorama político de América Latina, es bueno retomar la pregunta de *Oxfam* y de *Stiglitz*: ¿por qué 99% de los votantes elige a gobernantes que van a defender la riqueza de 1%? Una de las respuestas es la incapacidad que tuvieron los gobiernos de izquierda de ofrecer alternativas. Es inaceptable, por ejemplo, la corrupción del *Partido de los Trabajadores* de Brasil, o de la familia Ortega en Nicaragua. En 1985 cuando Ortega se posesionó como presidente después del triunfo de la revolución sandinista había esperanza. Hoy se le compara a Somoza.

TRIBUNA UNIVERSITARIA

La nueva realidad universitaria



CRISTÓBAL SOTO
Estudiante de Derecho
soto.cristobal97@gmail.com

“La crisis es la mejor bendición que puede suceder porque trae progreso”, dijo Albert Einstein. Uno de los retos más grandes de las universidades ha sido el salto de lo presencial a lo virtual. De hecho, este sector ha sido uno de los más afectados al enfrentar una deserción de aproximadamente un millón de estudiantes este semestre.

Es evidente que esta nueva realidad implica que se deban ajustar algunas metodologías como el componente práctico-social de los programas- y que algunas instituciones deben replantear los costos de sus matrículas. Durante este año se ha empezado a romper el paradigma de las clases online y hemos evidenciado cómo los estudiantes recibimos educación de alta calidad con modalidad remota. Precisamente, esta nueva percepción de la virtualidad es una gran oportunidad para el progreso del país.

Según Camilo Ayerbe, gerente de AC Ventures Colombia, cerca de 100.000 jóvenes llegan a estudiar a Bogotá cada año. Esta

cifra refleja que las universidades más renombradas se han concentrado en las principales ciudades del país, obligando a los estudiantes de diferentes regiones a migrar a estos lugares para tener el privilegio de recibir una buena educación. En consecuencia, los jóvenes no solo están obligados a pagar las matrículas que suelen ser muy costosas, sino que deben asumir los gastos de vivienda, transporte y manutención.

ESTA NUEVA PERCEPCIÓN DE LA VIRTUALIDAD ES UNA GRAN OPORTUNIDAD

Esta realidad crea un gran obstáculo para muchas familias que no se encuentran en las grandes urbes del país. De hecho, un artículo publicado por la *Revista Dinero* el año pasado explicó cómo el número de estudiantes de las universidades privadas del país ha disminuido porque, dentro de otras cosas, muchos de los jóvenes acceden a micro certificaciones como alternativa de educación superior al ser más económicas.

Al darnos cuenta de que las clases virtuales permiten una educación de alto nivel, da lugar

a que las universidades públicas y privadas puedan expandir sus ofertas en las diferentes regiones, al mismo tiempo que continúan con los programas en sus respectivos campus. Las instituciones pueden aprovechar la inversión que han tenido que realizar en las plataformas en línea para que los jóvenes, en cualquier municipio del país, se puedan matricular en los diferentes programas y los realicen desde sus casas a través de estrategias que fomenten la interacción con otros alumnos y el profesor. A su vez, para el Gobierno, esta nueva realidad implica una oportunidad para incrementar la cobertura de educación superior de calidad a través del apoyo de la metodología remota y el aumento en la conectividad de internet en todo el territorio.

En conclusión, se suele decir que después de la tormenta viene la calma y a pesar de que no sabemos cuándo acabará la tempestad que enfrentamos, pienso que saldremos con buenas soluciones para mejorar como sociedad. Creo que, así como hoy estoy recibiendo en Medellín las clases de Bogotá, muchos más jóvenes podrán estudiar en las mejores universidades del país desde sus casas.